

Prólogo.
El manicomio

Empujada por un celador trasnochado, avanza chirriante y quejumbrosa una silla de ruedas por un pasillo que late como un corazón arrítmico; unas luces demasiado potentes, provocan un encogimiento de las pupilas de quienes se adentran en él desde la oscuridad exterior. Surcando ese río, por donde fluyen los desvaríos y los sinsentidos, los pacientes y el personal autorizado, recorren esas aguas turbulentas, dejando tras de sí estancias donde la lucidez solo es un rayo fugaz que surca un cielo tan espeso y contaminado que apenas deja respirar.

De las habitaciones salen voces que susurran letanías y estupideces sin sentido; conversaciones conspirativas con la pared, con el techo o con interlocutores imaginarios que nunca se dan por aludidos. Tras los cristales de unas pequeñas ventanillas, unos ojos siniestros observan el tráfico de locos y cuerdos que por delante de ellos transitan, como los guerreros de una tribu hostil que acecha a los intrusos que se adentran en su territorio.

Tras una intersección, aparecen unos cuerpos que dan vueltas sobre sí mismos con repetitiva tozudez. Una grotesca danza ancestral.

Casi al final de su recorrido, contempla una disputa entre dos viejos decrepitos que se lanzan toda clase de insultos por un asiento junto a la ventana; se empujan, se arañan y se muerden con sus bocas desdentadas, todo con tal de conseguir un poco de luz natural.

La pobre silla está vieja y desgastada, demasiados culos huesudos han pasado por ella. A la rueda derecha le faltan varios alambres y la izquierda tiene la misma pinta que el celador que la empuja con desgana por esa especie de purgatorio.

Si estuviera viva y pudiera hablar, sin duda gritaría pidiendo que la liberaran de esa vida miserable y sin sentido.

Si de alguna forma consiguiera salir de ese maldito manicomio, rodaría a través del jardín de setos que separa a los locos de los cuerdos. Algo que es imposible, pues necesitaría una energía externa para moverse, la que le sobra a ese celador estúpido que se hurga la nariz sin ningún pudor mientras la empuja a desgana por todo el psiquiátrico, si el muy cretino le prestase atención; si alguna vez le hubiera dado por acercar su oído al metal, esto es lo que habría escuchado: a veces creo que hay más locos ahí fuera que aquí dentro. Ayer internaron a un tipo que afirmaba venir del futuro, solo él podía evitar un inminente holocausto nuclear ¿o era la propagación de un virus letal? Sea lo que fuera, por mucho que protestó y porfío, los médicos no dejaron que diera más explicaciones y lo sedaron en un santiamén, encerrándolo en una celda acolchada durante un par de días.

Una vez calmado, lo trasladaron a una habitación donde lo aguardaba otro compañero viajero, uno que había recorrido múltiples galaxias. El tiempo y el espacio volvían a estar unidos.

¿Dónde empieza la línea que separa la cordura de la locura? Nadie en su sano juicio creerá a un pobre infeliz que afirma haber viajado hasta la época de Julio César. Menudo dislate. Menos aún a quien afirma tener contacto con seres de otros mundos. Para darse cuenta de que eso es una estupidez no hace falta tener un doctorado.

Resulta inquietante que un objeto inerte, tras años de observar a los humanos, a los locos y a los cuerdos, sea capaz de realizar semejante disertación; reflexión hecha con mayor acierto si cabe, que si la hubiera discurrido uno de ellos mismos, la pregunta inmediata, como no puede ser de otra manera, es si el homo sapiens encargado de defender la supremacía de la razón entre hombres y sillas pensantes, será uno de los locos o uno de los cuerdos.

No obstante, para nuestra tranquilidad, conviene dejar claro que esos pensamientos pertenecen en verdad al celador que empuja la silla mientras avanza penosamente por el pasillo. Únicamente a él le atribuiremos esa capacidad; el viejo trasto solo es eso, un objeto creado con un propósito y nada más. Cometido que cumplirá durante años y años hasta que un día, cuando el ruido a su paso sea insoportable, dejará de tener uso y será remplazado por uno más cómodo y ligero, quedando desde ese día el susodicho trasto aparcado en un sótano húmedo y oscuro. No sintamos lástima por él, ya se ha dicho que tan solo es algo carente de vida y por ende de raciocinio. Además, no es algo tan grave, en este lugar también se lo hacen a los pacientes y a nadie parece importarle.

De momento avanza con su peculiar ruido hacia la enfermería, donde una mujer corpulenta aguarda la llegada del nuevo paciente.

¿Qué tenemos aquí? Pregunta la rechoncha enfermera. Parece que otro náufrago. Expresión que la enfermera suele usar para aquellos pacientes que están varados en una orilla donde los barcos encallan en un limbo sin principio ni fin.

La enfermera gusta de clasificar a los locos en grupos funcionales. En primer lugar están los astronautas, aunque sería más correcto decir cosmonautas; aquí todo el mundo sabe que la enfermera es más simpatizante de la ideología de estos últimos; sea como sea, a este grupo pertenecen los que se pasan el día en órbita, girando constantemente alrededor de otros pacientes o enfermeros, mientras hablan solos o con una estación de control imaginaria.

El segundo grupo de lunáticos son los budas; aquellos capaces de pasarse todo el día repitiendo la misma frase, sin descanso, como si se tratara de un mantra. Mantra de mierda, pues no arregla nada en esa azotea donde revolotean los pájaros y nada más, según su experta opinión.

El tercer grupo es el de los náufragos, al que pertenecen los que permanecen quietos, rígidos y sin apenas cambios de ánimo, los que no hablan, los babeantes y los lobotomizados. Estos últimos, son muy comunes, sobre todo cuando caen en manos de cierto doctor al que le gustan demasiado los electrodos.

Por último, están los nitroglicerina, estos, como su propio nombre indica, deben ser manejados con sumo cuidado, pues en cualquier momento pueden estallar.

A ver que me trae mi celador favorito. Jean Paul entrega la ficha a la enfermera. El tipo de la silla ni se inmuta, parece la estatua de un filósofo griego, viejo y desaliñado.

La enfermera ojea la ficha y tras observar al paciente comenta: ni nombre ni dirección, nada de nada, pues sí que estamos bien, otro pobre desgraciado que ha dicho basta.

Muy académico el diagnóstico Madeleine. Comenta el celador. Observación que a oídos de la enfermera suena a reproche, por lo que responde: qué sabrás tú, niño.

Arqueando una ceja, Madeleine lee el informe: individuo de edad avanzada. Presenta mutismo y rigidez de las extremidades. Sin reacción a estímulos externos, pupilas dilatadas. Posible caso leve de catalepsia. Presión arterial normal, no presenta toxicología en analítica. Carece de documentación...el informe continúa explicando posibles causas de la dolencia, datos físicos sobre la raza, el peso y la estatura y otras consideraciones a tener en cuenta por el personal del centro.

Nada que pueda decirles de quién se trata y cómo ha terminado así. Lo único que aparece junto a la información médica es una fotografía en blanco y negro que debe tener unos cincuenta años. Es lo único que encontraron en sus bolsillos los enfermeros que acudieron a socorrer al vagabundo que yacía tirado en el suelo de un callejón tan sucio y hediondo como él.

Ahora, aseado y perfumado, casi parece humano. Un anciano débil e inofensivo. Sin nombre ni identificación.